
Entrada libre

La retórica de la historia y la historia de la retórica: acerca de los tropos de Hayden White

Arnaldo Momigliano

Este ensayo apareció publicado en *Fundamentos de la historia antigua*, Turín, Einaudi Paperbacks 157, 1984. Traducción de Luis Barjau.

1. Para empezar, diré que la razón fundamental de mi desacuerdo con Hayden White (amigo al que admiro y del que aprendo siempre), se refiere al futuro más que al pasado. Temo las consecuencias de su contacto con la historiografía, porque descartan la investigación de la verdad como deber fundamental del historiador. White trata a los historiadores igual que a todos los demás narradores: como retóricos que pueden ser caracterizados de acuerdo con las formas de su discurso. Debemos reconocer —dice— que la escritura histórica, como otras formas literarias, construye la realidad escogiendo modos específicos del discurso, cada uno de los cuales implica una conceptualización distinta de la relación que hay entre individuo y sociedad. Apoyado en Giambattista Vico por un lado, en Kenneth Burke, por otro (y quizás generalmente atenido a R. Jakobson), reduce a cuatro los modos del discurso: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Aunque no explique con precisión en qué circunstancias tienden a prevalecer cada uno de los modos a lo largo del tiempo, en su ensayo "Foucault decoded" (reimpreso en *Tropics of Discourse*, pp. 231-260), parecería sugerirse que en los siglos XVI y XVII prevalecía la metáfora, pero sólo para dar paso a la metonimia del siglo XVIII y la sinécdoque del XIX; mientras que nosotros ahora nos encontramos, o deberíamos encontrarnos, en la edad de la ironía, o aun en aquella fase tardía de la edad de la ironía, caracterizada por la ironía de la ironía. Aunque ésta puede ser sólo una vaga aproximación, ya que en *Metahistory* (*Metahistoria*, México, FCE, 1992) aclara profusamente que los cuatro modos eran fundamentales y competitivos entre sí, para el siglo XIX, al que Michelet asignaba la metáfora, Ranke la sinécdoque, Tocqueville la metonimia, y Burckhardt la ironía. En efecto: la ironía prevaleció en el siglo XIX tardío.

Cuatro figuras básicas pueden parecer muy pocas respecto de las posiciones de los historiadores del siglo XIX. Pero White

*A los historiadores se les pide
ser descubridores de la verdad.
...para poder ser llamados
historiadores, debemos
transformar la investigación
propia en alguna forma
de historia.*

enriquece —y en cierto sentido complica— su análisis de cuatro modos, combinándolos con los géneros literarios como la comedia o la épica. Además, admite algo así como “la mezcla de las metáforas”. Así, la metonimia, que pone el acento en las relaciones de causa-efecto, puede conducir a la ironía: “quien es partidario de una historia como espacio de relaciones de causa-efecto, es inducido, por la propia lógica del mecanismo lingüístico, a comprender dicho espacio en términos irónicos” (*Metahistoria*, p. 73). Esto ayuda a colocar a Tocqueville junto a Burckhart y junto a otro liberal-conservador, Benedetto Croce, a quien White atribuye una forma mental irónica. Como se puede observar en este muestrario de historiadores supuestamente irónicos, la ironía directa ya no es un modo adecuado a nuestro tiempo. Por eso, White apoya la ironía de la ironía, una “historia que nos educa en la discontinuidad más que nunca, porque la discontinuidad, la ruptura y el caos son nuestro destino” (*Tropics of Discourse*, p. 50).

No someteré a verificación la forma con que White desarrolla su clasificación y la relaciona con las actitudes sociales de cada historiador, porque no pretendo explicar el uso de categorías retóricas en el análisis de los narradores de historia. ¿Por qué habría de preocuparme si un historiador prefiere presentar la parte por el todo, en lugar del todo por la parte? A fin de cuentas, nunca me preocupó si un historiador elegía escribir con estilo épico, o si agregaba panegíricos a su narración. No tengo ninguna razón para preferir historiadores sinecdóquicos sobre los irónicos, o viceversa. Pero tengo buenas razones para desconfiar de cualquier historiador que no tenga nada nuevo que decir, o que exhiba novedades de hechos o de interpretaciones que resultan ser a todas luces intrascendentes. A los historiadores se les pide ser descubridores de la verdad. No cabe duda de que, para poder ser llamados historiadores, debemos transformar la investigación propia en alguna forma de historia. Pero esas historias deben ser verdaderas.

Uso deliberadamente la expresión “investigación histórica” porque los historiadores (parece que es necesario afirmarlo) siguen haciendo investigación en el mismo sentido de la significación que la palabra *historia* tiene desde tiempos de Heródoto. Y de entonces hasta hoy, ningún historiador ha repudiado aquel antiguo e indispensable instrumento que era usado aún antes de Heródoto, por su maestro Ecateo de Mileto, que había declarado que los discursos de los griegos eran “muchos y ridículos”. Cada historia producida por un historiador implica la eliminación de historias alternativas. El proceso de crear una nueva historia a través de la eliminación crítica de otras historias, significaba, al inicio del siglo V a.C., lo que significa hoy, al final del siglo XX d.C. Esto es, que se debe demostrar que la verdadera historia está de acuerdo con los datos, mientras que las falsas historias están contrapuestas a ellos. Dos de los más viejos, pero hasta ahora válidos instrumentos para escoger entre dos historias, son, primero, el que Heródoto llamó autopsia, esto es, el haber estado presentes ante los sucesos, en lugar de reportar lo que otros dijeron, y segundo, el que Polibio llamó experiencia: conocer la

guerra de cuerpo presente, o haber viajado por el país cuya historia se está contando. Desde el siglo XVI en adelante, se ha venido agregando un arsenal completo de nuevos y siempre más sofisticados instrumentos de verificación de los datos; de la paleografía a la estratigrafía, del fechamiento con carbono 14 al psicoanálisis. Naturalmente los historiadores discutimos acerca de la validez, o por lo menos acerca de los límites de eficacia, de los distintos instrumentos que están a nuestra disposición. Pero lo que tiene de distinto, finalmente, la escritura histórica respecto de cualquier tipo de literatura, es el hecho de estar atendida al control de los datos. La historia no es épica, la historia no es literatura narrativa, la historia no es propaganda, porque en estos géneros literarios el control de los datos es facultativo, y no obligatorio.

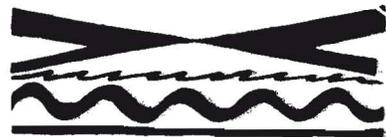
Hayden White pone aparte, olímpicamente, todos estos problemas relativos a los datos; peor aún, los trata como aspectos específicos de su ubicación retórica, y que no merecen un tratamiento independiente. Veamos a continuación cómo describe el interés (fundamental) que tiene Ranke por las pruebas:

Así, Ranke prefiguraba el campo histórico según el modo de la metáfora, cuando ésta demostraba un interés primario por los sucesos en su peculiaridad y unicidad, en su viveza y colorido, y en su variedad. E insinuaba que la parte sinecdótica abarcaba una suerte de campo de coherencias formales, que era la unidad última identificable, por analogía, con la naturaleza de las partes... El mito cósmico sirvió de trama fundamental para la mayor parte de las obras históricas de Ranke, y de marco donde cada una de ellas podían guardarse cual actos de un drama macrocósmico. Dicho mito permitía a Ranke concentrarse en cada detalle de las escenas que narraba. Procedimiento de una confianza en sí mismo, carente de sobresaltos, que lo conducía a través de los documentos seleccionando con toda seguridad los que eran significativos y que además eran usados como prueba de la insignificancia de los otros (*Metahistoria*, pp. 164 y 165).

Sin embargo, no encuentro en este ajuste de cuentas sobre Ranke, dos hechos que a mí me parecen característicos de su postura respecto de las pruebas: 1) que él acudía a los archivos porque éstos le proporcionaban evidencias que antes no conocía. No hay razón para creer que se hubiese equivocado sobre este punto; 2) que él acudía a los archivos porque en ellos encontraba pruebas en las cuales fiarse. Tampoco sobre este punto hay razón para creer que se hubiera equivocado. En otras palabras, Ranke estaba interesado, como cualquier historiador siempre lo ha estado, en las pruebas nuevas y seguras: los prefacios de sus obras mayores insisten sobre este punto.

2. El hecho de que los historiadores estén interesados en las pruebas nuevas y seguras es una de esas obviedades, que son indispensables, del método histórico. Pero no solamente White,

...lo que tiene de distinto, finalmente, la escritura histórica respecto de cualquier tipo de literatura, es el hecho de estar atendida al control de los datos.



Quizás valga la pena ejemplificar
...lo que yo creo que es la
diferencia entre la historia que
nosotros los historiadores
practicamos y la metahistoria
que los teóricos nos atribuyen.

sino que muchos otros teóricos de la historia tienden hoy a subestimarlas, mientras que eran correctamente apreciadas por los teóricos del siglo XIX, como J.G. Droysen, quien precisamente por eso, a mi juicio, es comprendido mal por White.

Mientras releía el libro de White en los últimos meses, todavía me empeñaba en ordenar operaciones de investigación histórica de mi campo. El contraste entre lo que yo hacía y lo que White suponía que hacía, era verdaderamente grande. Quizás valga la pena ejemplificar, con las dos cuestiones que me interesaban, lo que yo creo que es la diferencia entre la historia que nosotros los historiadores practicamos y la metahistoria que los teóricos nos atribuyen.

1) Como tantos otros estudiosos de la historia romana arcaica, he puesto la debida atención a una inscripción hallada en la antigua ciudad de Satricum, en el Lazio, que fue descubierta por la Escuela Holandesa de Roma, en 1978, y que después de algunas publicaciones preliminares fue espléndidamente editada y comentada en el volumen colectivo *Lapis satricanus*, de 1980. El texto de la inscripción dice:

*iei steterai Popliosio Valesiosio
suodales Mamartei*

La fecha de la inscripción corresponde, según criterios arqueológicos, más que epigráficos, al periodo comprendido entre el 550 y el 480 a.C. El texto no divide las palabras y por eso la transcripción que ofrezco es ya una interpretación. El texto está incompleto y varios puntos de vista sugieren que hay una laguna inicial de no más de una o dos palabras. Aceptemos que la lengua sea el latín y así podemos traducir al español si aceptamos que "steterai", palabra por cierto no certificada en esta forma precisa, haya significado "pusieron"; que "Popliosio Valesiosio" sean genitivos, según una desinencia en *osio*, que comparece en palabras del dialecto *falisco*, en el confín del antiguo Lazio; por último que "suodales" y "Mamartei", aunque hasta ahora carezcan de representación en latín, sean los equivalentes de las comunes palabras latinas "sodales" y "Marti". Todas estas posibilidades no nos preocupan demasiado puesto que en cualquier momento pueden ser cuestionadas. Tienen el apoyo de un gran número de consideraciones que las corroboran. Los verdaderos problemas empiezan cuando aceptamos la traducción: "Los compañeros de Publio Valerio pusieron... en honor del dios Marte". Dejando de lado el problema de qué cosa hayan puesto aquellos, problema que presumiblemente será resuelto sólo si se encuentran las palabras faltantes, nosotros queremos saber quién era Publio Valerio, qué tipo de compañeros tenía, qué hacía en Satricum, y por qué sus compañeros decidieron poner una dedicatoria al dios Marte. Si supiéramos responder a estas preguntas elementales, en forma convincente, sabríamos mucho más de lo que hasta hoy sabemos en torno a la vida social y política en el Lazio del siglo VI. La cuestión *nueva* estriba en que un tal Publio Valerio intervenía, junto con sus compañeros, en Satricum, alrededor del 550-480

a.C. ¿Pero puede aquél ser identificado con el Publio Valerio que la tradición señala como cónsul de Roma en el primer año de la República (c. 509 a.C.)? ¿Y sus compañeros eran una compañía de guerreros? ¿Y el dios Marte, entonces, era ya un dios de la guerra en el siglo VI a.C., cosa que ha sido puesta en duda? Si fuera posible concluir que Publio Valerio era en verdad un aristócrata de Roma, activo en otra ciudad con su banda privada, tendríamos la confirmación de eso que algunos de nosotros sospechábamos desde hace mucho tiempo con base en indicios más débiles, esto es, que en el siglo VI a.C. las instituciones civiles “normales” eran confrontadas por bandas de aventureros de paso de ciudad en ciudad, tanto en la región del Lazio, como en la Etruria meridional.

Estamos interesados en este tipo de problemas porque la historia social nos atrae, de manera particular cuando se inmiscuyen las aristocracias y cuando el poder real aparece en conflicto con las instituciones formales. Pero cualquiera que sea el motivo que nos empuje a referirnos a este texto, el texto en sí nos involucra en una investigación histórica porque es nuevo y de por sí crea cuestionamientos. La novedad, en efecto, es un hecho de tal importancia en la investigación histórica, que hay categorías de historiadores, del todo respetables (que se llaman arqueólogos, epigrafistas, papirólogos, archivistas, etcétera) y los cuales dedican la vida a investigar e ilustrar nuevos documentos.

2) En la otra investigación de la cual me ocupo —la caracterización del llamado helenismo hebreo— el elemento de novedad es menos evidente y, al menos para mí, menos importante. Yo mismo soy hebreo y conozco por experiencia el precio que han debido pagar, y deben pagar los hebreos, por permanecer como tales. No es solamente con fines académicos que recolecto los hechos cuando trato de entender qué cosa habría inducido a los hebreos a refutar su asimilación con las civilizaciones circundantes; porque también podría escoger una respuesta a esta pregunta en términos religiosos y morales. En cambio, cuando busco esclarecer las ideas sobre este tópico, en términos históricos, y hago del periodo greco-romano el punto central de referencia de mi indagación, *ipso facto* me subordino a eso que los documentos específicos (Los Libros de los Macabeos, Filón, Los Evangelios, José Flavio, la *Mishnah*, etcétera) me dirían. Naturalmente, no soy dado a limitarme sólo a lo que me digan los documentos. Puedo agregar cualquier otra consideración que desee. Pero deberé estar atento para mantener separados mis pensamientos privados de las pruebas de que hago uso. Cualquiera que sean las consideraciones ideológicas que guíen mi investigación, seré juzgado por el uso que haga de los documentos.

Lo que es verdad para mí, es verdad para cualquier otro historiador pasado o presente. Puesto que la historia de la historiografía es fundamentalmente un estudio de hechos históricos, ningún estudioso de historia de la historiografía hace bien su trabajo si no es capaz de decirme si el historiador o los historiadores que ha estudiado usaban los textos de manera satisfactoria. En tanto, hay que desembarazarse de la mayor parte de la actual sobreproducción en el campo de la historia de la historiografía; todas esas

*Lo que es verdad para mí, es
verdad para cualquier otro
historiador pasado o presente.*



La eliminación que [Hayden White] hace de los datos documentales es un deliberado acto de interpretación.

apreciadas, pequeñas disertaciones sobre Baronio, Gibbon, Renán o Grote, escrita por gente que no sabría traducir ninguno de los textos que tales historiadores dominaban. Los resultados son aún menos satisfactorios si el examen se hace extensivo a toda una escuela de investigación histórica. ¿Qué se puede esperar de gente que escribe de historia de los estudios orientales en el siglo XIX sin ninguna experiencia personal sobre estudios orientales? Hayden White, naturalmente, no se confunde en este *inutile genus*. La eliminación que hace de los datos documentales es un deliberado acto de interpretación. Mas, ¿podemos en verdad creer que Ranke y Tocqueville serían los mismos si descubriésemos que habían sobreentendido los datos documentales que usaban, o que habían trabajado sobre falsedades sin percatarse de ello?

No debemos confundir la posición de Croce, en honor de los datos documentales, con aquella de White; aun si la confrontación pueda echar luz sobre las dificultades que ambos tienen para llegar a un acuerdo con las condiciones que impone la documentación. No era característico de Croce ignorar la documentación; era, por instinto, un estudioso de datos documentales. Salvar los datos documentales contra filosofías de la historia *a priori*, fue su esfuerzo principal, tanto en su teoría como en su práctica historiográfica. Esto lo llevó a identificar la filosofía y la historia, paso que cumplió bajo la influencia reconocida de las críticas de Gentile, entre la primera y la segunda edición de la *Lógica*, esto es, cerca de 1907. Pero, al haber rebasado la barrera que separaba a la filosofía de la historia, Croce se encontró provisto de una teoría de la mente que parecía asegurarle que, en cualquier momento, cualquier mente humana poseía todos los datos que necesitaba. Porque no hay diferencia, para Croce, entre la Mente que es el Espíritu universal y la mente de un individuo mortal. No pienso que la investigación histórica del propio Croce haya resentido por mucho tiempo este punto de vista. Su gran trilogía, sobre la Italia de la Contrarreforma, sobre su Italia meridional y sobre la Italia posterior al 1870 (la trilogía en la cual intentó oponer, a la versión nacional-fascista, su versión de la historia italiana) está fundada sobre la tierra árida de los hechos. Pero los hechos se matizaron en su más ambiciosa tentativa de una historia filosófica del liberalismo europeo del siglo XIX. Y, lo que es más importante, su teoría de la historiografía, tanto en la versión de 1915 como en la reelaboración de 1938, no rendía cuentas sobre las limitaciones que los datos documentales imponen al conocimiento histórico. Al leer las páginas dedicadas a los datos documentales en el libro sobre la historia de 1938 (pp. 105-112) se pone de relieve que están dedicadas a la cuestión de la simulación. Frente a las simulaciones, Croce trata de consolarse con la consideración de que las simulaciones solamente pueden imitar lo auténtico, y por tanto, no agregan ni quitan nada a lo que ya es sabido. La autosuficiencia del Espíritu queda intacta. En otras palabras, Croce menospreciaba la importancia de la documentación porque jamás pensó que le faltara, toda vez que tuviera necesidad de ella. Pero White no es un creyente en la omnipresencia de un Espíritu absoluto que produce por sí mismo toda la documenta-

ción de que tiene necesidad. White, como nosotros, no está convencido de la racionalidad de lo real: él observa el caos. El caos torna el uso de la documentación aún más indispensable, si se quiere *conocer* el caos. ¿Dónde hallará White la documentación que necesite para mantenerse en el caos o para salvarse de él?

3. Es un signo del prestigio que *Metahistoria* de Hayden White conquistó de inmediato, el hecho de que el profesor Peter Munz —uno de los más cultos, reflexivos y rigurosos historiadores y teóricos de la historia de nuestro tiempo— haya descrito su reciente libro *The Shape of Time* como “ninguna otra cosa más que un complemento al soberbio *Metahistoria* de Hayden White” (p. 20). A primera vista dicho carácter complementario no es evidente, pero una reflexión más profunda me induce a aceptar este acierto como lo que declara ser.

Es notable el hecho de que Munz parta de un supuesto que parece estar extremadamente alejado del planteamiento fundamental de White. Se ubica en la parte correcta cuando subraya que toda la historia se centra en los datos. Los datos pueden ser explicados o interpretados. Explicar los datos significa reconocer como auténticos los motivos que los protagonistas de la historia dieron a sus propias acciones, mientras que interpretarlos significa substituir nuestras explicaciones por las proporcionadas por dichos protagonistas (por ejemplo, ver motivos económicos donde los actores aducían motivos morales). Tanto las explicaciones como las interpretaciones dependen a su vez de leyes explicativas que proporcionan los principios de selección con los cuales comprendemos el pasaje de un advenimiento a otro. En la práctica, toda generalización de una experiencia puede resultar una ley explicativa. Al parecer, hay una sola, interesante excepción, de la necesidad de leyes explicativas en la historia (*history*): cuando la narración (*story*) es un mito, porque el mito está dotado de por sí de su significado, y es, por tanto, “una narración que existe sin recurso de leyes generales” (p. 117).

Aún más, se pone de relieve que —con la excepción de los mitos— Munz ve las leyes explicativas como necesarias para todo tipo de narración. Dice (p. 218): “algunas narraciones (*stories*) son verdaderas en la medida en que todos y cada uno de los acontecimientos que contienen se puede decir que realmente han ocurrido. Tales narraciones son historias (*histories*), son no-imaginarias”. Yo no he logrado descubrir los criterios a través de los cuales Munz decide que los acontecimientos pueden verse realmente como ocurridos. Hasta cierto punto, Munz elabora dos criterios —de suficiente variedad y de suficiente especificación— para decidir cuál interpretación es más persuasiva; pero estos criterios son igualmente aplicables a eventos imaginarios y no ayudan a establecer si los hechos son hechos.

Munz tiene razón, pues, al afirmar que él complementa a White, porque con el procedimiento de las leyes explicativas proporciona un complemento a la tesis de White según la cual no hay ninguna diferencia fundamental entre una historia verdadera y una historia imaginaria. Yo me quedo, pues, con mi convic-

Explicar los datos significa reconocer como auténticos los motivos que los protagonistas de la historia dieron a sus propias acciones, mientras que interpretarlos significa substituir nuestras explicaciones por las proporcionadas por dichos protagonistas...



Resta dar cuenta de la fascinación que el redescubrimiento de la retórica ejerce, en este momento, sobre los estudiosos de la historia de la historiografía.

ción inicial de que ni White ni Munz me saben decir la diferencia entre la *Chartreuse de Parme*, de Stendhal, y la *Vie de Jésus*, de Renán (iy estoy poniendo la cuestión en términos más favorables a White y a Munz!). Consecuentemente, debo insistir diciendo que la interrogante acerca de que Stendhal refiera algo que ha ocurrido, es una interrogante facultativa (y quizás, irrelevante), mientras que la interrogante acerca de que Renán refiera algo que ha ocurrido, es una interrogante obligatoria y decisiva.

En otras palabras, cualquier pregunta que cualquier historiador se imponga respecto de algo que ha ocurrido, implica la posibilidad de que lo que él piensa que ha ocurrido, no haya ocurrido. Así pues, el historiador no solamente debe dar un sentido a los sucesos, sino que también debe acertar en el señalamiento de que dichos sucesos hayan sido tales. A diferencia de Munz, a mí no me disgusta la sugerente comparación con el trabajo cotidiano de un policía o de un juez. Ambos deben dar un sentido a ciertos acontecimientos después de haber acertado en que tales acontecimientos hayan tenido lugar. Pero la actividad de éstos se limita a pocas categorías de sucesos, dentro de límites cronológicos definidos, además de que raramente son del interés de quienes permanecen por fuera de los mismos. En cambio, los historiadores son pagados por la sociedad para indagar sobre acontecimientos de interés general, la realidad y el significado de aquellos que no pueden ser establecidos sin un conocimiento complejo. De los policías no esperamos que entiendan, menos que publiquen, acerca de sellos medievales. Aunque hoy en día los jueces rara vez tienen algo que ver con ellos, cuando sucede, van a dar a la mesa de los historiadores.

4. Resta dar cuenta de la fascinación que el redescubrimiento de la retórica ejerce, en este momento, sobre los estudiosos de la historia de la historiografía. Después del esfuerzo secular de los historiadores por zafarse del abrazo de los rétores, quizá no nos sorprenda que alguno recuerde con nostalgia cómo una vez, en los buenos tiempos, la historia fuera reivindicada por los oradores. No es mi intención proseguir con el "revival" de la relación entre retórica e historiografía, sino la de recordar el obvio interés que tiene por el aspecto retórico de la historia, cualquiera que crea en ella como ideología. Pero hay un punto, entre la antigua ligazón de historiografía y retórica, que a menudo se olvida, y que a mí me parece decisivo ante cualquier valoración correcta que se pueda hacer sobre la importancia que tiene la retórica para la historiografía. Una interferencia consciente de los rétores en el campo de la historiografía, quizá no se dio antes de Isócrates en el siglo IV a.C. Pero más tarde fue generalmente reconocido, por decirlo con Dionisio de Alicarnaso (*De Thucydide*, 5), que Heródoto "revistió su estilo de todas las virtudes que los precedentes historiadores habían ignorado". Para Isócrates y su escuela (la cual parece haber contado con tres historiadores del calibre de Eforo, Teopompo y Filisto), la retórica era el instrumento más apto para producir aquellos efectos de loas y de censuras que se esperaba comunicaran los historiadores. En cuanto tal, la retórica podía ser recibida con la plena complacencia de los historiado-

Resta dar cuenta de la fascinación que el redescubrimiento de la retórica ejerce, en este momento, sobre los estudiosos de la historia de la historiografía.

ción inicial de que ni White ni Munz me saben decir la diferencia entre la *Chartreuse de Parme*, de Stendhal, y la *Vie de Jésus*, de Renán (¡y estoy poniendo la cuestión en términos más favorables a White y a Munz!). Consecuentemente, debo insistir diciendo que la interrogante acerca de que Stendhal refiera algo que ha ocurrido, es una interrogante facultativa (y quizás, irrelevante), mientras que la interrogante acerca de que Renán refiera algo que ha ocurrido, es una interrogante obligatoria y decisiva.

En otras palabras, cualquier pregunta que cualquier historiador se imponga respecto de algo que ha ocurrido, implica la posibilidad de que lo que él piensa que ha ocurrido, no haya ocurrido. Así pues, el historiador no solamente debe dar un sentido a los sucesos, sino que también debe acertar en el señalamiento de que dichos sucesos hayan sido tales. A diferencia de Munz, a mí no me disgusta la sugerente comparación con el trabajo cotidiano de un policía o de un juez. Ambos deben dar un sentido a ciertos acontecimientos después de haber acertado en que tales acontecimientos hayan tenido lugar. Pero la actividad de éstos se limita a pocas categorías de sucesos, dentro de límites cronológicos definidos, además de que raramente son del interés de quienes permanecen por fuera de los mismos. En cambio, los historiadores son pagados por la sociedad para indagar sobre acontecimientos de interés general, la realidad y el significado de aquellos que no pueden ser establecidos sin un conocimiento complejo. De los policías no esperamos que entiendan, menos que publiquen, acerca de sellos medievales. Aunque hoy en día los jueces rara vez tienen algo que ver con ellos, cuando sucede, van a dar a la mesa de los historiadores.

4. Resta dar cuenta de la fascinación que el redescubrimiento de la retórica ejerce, en este momento, sobre los estudiosos de la historia de la historiografía. Después del esfuerzo secular de los historiadores por zafarse del abrazo de los rétores, quizá no nos sorprenda que alguno recuerde con nostalgia cómo una vez, en los buenos tiempos, la historia fuera reivindicada por los oradores. No es mi intención proseguir con el "revival" de la relación entre retórica e historiografía, sino la de recordar el obvio interés que tiene por el aspecto retórico de la historia, cualquiera que crea en ella como ideología. Pero hay un punto, entre la antigua ligazón de historiografía y retórica, que a menudo se olvida, y que a mí me parece decisivo ante cualquier valoración correcta que se pueda hacer sobre la importancia que tiene la retórica para la historiografía. Una interferencia consciente de los rétores en el campo de la historiografía, quizá no se dio antes de Isócrates en el siglo IV a.C. Pero más tarde fue generalmente reconocido, por decirlo con Dionisio de Alicarnaso (*De Thucydide*, 5), que Heródoto "revistió su estilo de todas las virtudes que los precedentes historiadores habían ignorado". Para Isócrates y su escuela (la cual parece haber contado con tres historiadores del calibre de Eforo, Teopompo y Filisto), la retórica era el instrumento más apto para producir aquellos efectos de loas y de censuras que se esperaba comunicaran los historiadores. En cuanto tal, la retórica podía ser recibida con la plena complacencia de los historiado-

res. Sin embargo, algunos de ellos advertían un peligro, para el buen término de sus profesiones, en los medios que la retórica ofrecía para distorsionar los hechos. Polibio acometió contra aquellos historiadores cuyas obras se asemejaban a panegíricos más que a historias (8,8, 4-8). Y un no-historiador, que había reflexionado seriamente sobre el oficio del historiador, Luciano, agregó una observación más sutil: que el interés del historiador es diferente del de los oradores, en la medida en que el primero debe reportar aquello que ya ha sucedido (*De historia conscrib.*, 50). En otras palabras, los expedientes retóricos jugaban un rol ambivalente en la historiografía antigua; por un lado reforzando la eficacia del discurso histórico, por otro amenazando su integridad moral. La desconfianza de Polibio por la retórica (y la poesía), en la historia, y la tentativa de Cicerón de hacer del "orador" el mejor hombre para escribir historia, nacen de esta ambivalencia.

No me parece que la situación haya cambiado radicalmente cuando los humanistas tomaron el puesto de Cicerón. Los lectores del libro de Nancy Struever *The Language of History in the Renaissance* (1970) pueden ser de diversa opinión, pero incluso Struever no ha incluido en su horizonte a Flavio Biondo. La ambigüedad hizo de la retórica un arte que podía mejorar el trabajo del historiador y volverlo más fácil, pero también podía paralizarlo distorsionando la verdad. La situación cambió cuando los historiadores reivindicaron el hecho de poder prescindir de la retórica. Para aquellos de nosotros que queremos considerar históricamente la situación de la historia, la primera tarea es, pues, la de establecer la exacta relación de la historia con la retórica, toda vez que ello fue tan aceptado como temido. La segunda tarea es la de señalar las condiciones en las que tuvo lugar la separación. En qué términos la relación pueda ser reestablecida, no es una cuestión de historia, sino de teoría. White y Munz son bienvenidos a este tema. Aunque quisiera sugerirle a ellos que la segunda edición de sus libros debería de tomar en cuenta el hecho histórico de que la retórica por mucho tiempo fue para el historiador un expediente eficaz (jamás esencial) para usarse con cautela.

Quisiera decir que los estudiosos recientes de la función de la retórica en la tradición clásica han estado adecuadamente conscientes de este elemento de ambigüedad de la relación entre historia y elocuencia, no obstante que las bases para una investigación de tal naturaleza habían sido puestas en 1947 por Fritz Wehrli, en menos de veinte páginas (*Die Geschichtsschreibung im Lichte der antiken Theorie, in Eumusia. Festgabe für, Ernst Howald, pp. 54-71*). En 1978 apareció un volumen completo sobre *Latein und Europa*. Contiene un capítulo de un eminente especialista, Alfons Weische, *Zur Bedeutung der römischen Rhetorik*, al cual se agrega la placentera sorpresa de otro capítulo, de Golo Mann, sobre *Römische Historiker-Tacitus als Beispiel*. No obstante que Tácito nos haya prevenido con un diálogo *de oratoribus* en cuya autenticidad no es fácil que se nutran dudas, ni Weische ni Mann gastan una palabra acerca de los placeres y las preocupaciones que los rétores dieron a los historiadores, y a sus lectores, en el transcurso de los siglos, antes de que la historia se volviera científica.

Para aquellos de nosotros que queremos considerar históricamente la situación de la historia, la primera tarea es ... la de establecer la exacta relación de la historia con la retórica, toda vez que ello fue tan aceptado como temido.

